

Una aventura literaria de Tío Conejo

En su conocida *Introducción a la literatura fantástica*, Tzvetan Todorov señala que los cuentos de hadas generalmente se han adscrito al género de lo maravilloso, porque los acontecimientos sobrenaturales se aceptan como tales, no hay ninguna sorpresa en el hecho de que el mundo esté poblado por animales que hablan.

¿Ha existido siempre este género en la literatura costarricense? Por lo que se conoce hasta ahora, parece que los primeros cuentos maravillosos nacionales los escribió Carmen Lyra y su protagonista es el célebre tío Conejo. Este personaje se ha vinculado sobre todo con *Los cuentos de mi tía Panchita*, cuya primera edición es de 1920. Sin embargo, en el libro *Cuentos viejos* de María Leal, que apareció tres años después, se encuentran varios cuentos de este personaje, y en *San Selerín*, la revista infantil que dirigía C. Lyra junto con Lilia González, entre 1912 y 1924, también hay otros, que no se incorporaron en las sucesivas ediciones de *Los cuentos de mi tía Panchita*. Más adelante se publicaron en otras revistas infantiles como *Triquitraque* y *Farolito*; en general, se publicaban anónimos; otros aparecen como «Arreglo de *San Selerín*», varios los firman distintos escritores como Carmen Lyra, María Leal y Carlos Luis Sáenz, algunos parecen traducciones de textos en otras lenguas y de varios países (por ejemplo, de *Uncle Remus*, de Joel Chandler Harris).

Aparte de los que aparecen en *Los cuentos de mi tía Panchita*, los demás son poco conocidos porque las revistas ya no circulan. Se han seleccionado aquí seis que tienen en común el personaje, los acontecimientos o el tema. Generalmente se trata del triunfo de tío Conejo, disfrazado de monstruo, que asusta al animal más grande que

se ha apoderado del agua o atemoriza a un grupo; al pie de página se consigna dónde apareció publicado cada uno.

Margarita Rojas G.

AVENTURAS DE TÍO CONEJO¹

Los cuentos populares son los cuentos referidos entre los nativos de las diferentes partes del mundo. Sus autores son desconocidos. Estos viejos cuentos han ido haciéndose más grandes al ir pasando de una a otra generación. Un escritor americano, Joel Chandler Harris, quien murió en 1908, probó que los negros de la América del Norte tienen cuentos populares tan curiosos e interesantes como ninguna otra raza. Estas historietas hablan principalmente de animales. Ellos supusieron y suponen que *Uncle Remus* o el *tío Remus* es el que las cuenta. Algunas veces nuestras abuelas nos refieren en las noches de invierno, mientras la lluvia cae, algunos de estos cuentos, tomados de los negros, que no son otros que aquellos que todos debéis recordar: los de tío Conejo y tío Coyote. Al oírlos o al leerlos, pensad dulcemente en las buenas abuelitas negras que de noche divierten a sus nietecillos de cara de azabache y cabecilla *pasusa* con esos sencillos cuentos.

Les prometo referirles todas las aventuras del tío Conejo y compañeros.

i. *San Seterín*, n.º 1 (1.º de mayo de 1913) 14-16.

El viejo de la montaña

Un día salió tío Oso a dar una vueltita por los bosques, y tío Conejo que andaba dando su paseo se entró en la casa de tío Oso. Encontróse en un armario un *tarro* lleno de miel y al ir a alcanzarlo tuvo mala suerte porque se volcó y el pobre tío Conejo recibió un buen baño.

¡Caracoles!—, díjose mientras la miel corría a lo largo de su cuerpo. —¡Caracoles! ¿Qué haré? Si me quedo, puede volver el tío Oso y tragarme de un bocado. Si me voy, las moscas y las abejas me matarán a punzadas.

Por último corrió al bosque y se puso a rodar sobre las hojas caídas tratando de quitarse la miel que lo cubría. Pero cuanto más rodaba, tanto más las hojas se pegaban a su piel, y cuando se puso sobre sus patas parecía la cosa más *horrenda* que jamás se haya visto. Al caminar, las hojas hacían un ruido: chis, chas, y se agitaban y sacudían de un modo que daba miedo. La primera persona con quien topó tío Conejo, fue con *ña* María. No bien la pobre viejecita vio aquel espantajo, echó a correr con sus pobres piernas en un temblor. —¡Jesús, María y José!—, decía mientras se alejaba.

Luego, tía Zorra y tío Coyote venían trotando por el bosque y hablando *tempestades* de tío Conejo: que era un *tal por cual* y *esto* y lo *otro*; que lo iban a coger para hacerlo tasajos.

—Vea—, dijo tía Zorra a tío Coyote, —lo que debemos hacer es...

—¡Uuu!...—, hizo tío Conejo con acento cavernoso, saltando frente a ellos y sacudiendo de una manera que *paraba los pelos* el enredo de hojas que estaban adheridas a su piel. ¡Uuuu!... ¡yo soy el *Viejo de la Montaña* que engulle zorras y coyotes, y ya me los voy engullir a ustedes!

Tía Zorra y tío Coyote lo miraron, pero en menos que se dice *amén*, ya estaban lejos del lugar y corrían como si tras ellos fuese una manada de perros furiosos.

Mientras tanto, tío Conejo se había sentado en el medio del camino, y se rió tanto, que ya no tenía fuerzas y las lágrimas le corrían. Después fue a *pegarle* un susto a tío Oso y luego volvió a su casa y con agua y una teja se quitó la miel.

Arreglo de *San Selerín*

El Cadejos del cadejal²

Esta era una viejecita que vivía sola en su choza, tenía la mala costumbre de irse por las noches a la vecindad. Volvía muy tarde, y como venía cansada se acostaba sin sacudir la cama ni encomendarse a Dios. Una noche que venía de su paseo acostumbrado, entró a la casa sin encender luz; y ya iba a poner las manos en la cama, cuando oyó una voz horrorosa que decía:

—¡U-u-u-u-u!, ¡yo soy el Cadejos del cadejal, y toda vieja que venga aquí me la voy a cenar...!

Y sale la viejecita como disparada, en un puro temblor. Se fue derecho a la casa de tío Tigre, y le habló:

—¡Tío Tigre! ¡Tío Tigre!, por Dios, vaya a hacerme el favor de matar un animal que está en mi cama..., que no me deja llegar...

—¡Hum...!—, dijo tío Tigre, rebulléndose con pereza en su cama—, ¿para eso se pone usted a andar de noche por la vecindad y llegar tan tarde a su casa? Espérese un poquito mientras me visto.

Y tío Tigre se puso los pantalones, el sobretodo para no resfriarse, tomó su sombrero, el bastón y una pistola; luego salió y se fue con la viejecita a matar al Cadejos. Ella se quedó atrás, y él queditamente se fue acercando a la puerta, con revólver en mano... Al poner el pie en el resquicio de la puerta, oye una voz que le dice:

—¡U-u-u-u-u!, ¡yo soy el Cadejos del cadejal, y todo tigre que venga aquí me lo voy a cenar...!

Y salen la viejecita y tío Tigre que se llevaban los vientos; en la huida se le cayó el sombrero, pero no se detuvo a recogerlo, tal era el miedo. Cuando llegó a su casa, tío Tigre respiró, y dijo a la viejecita:

2. María Leal, *Cuentos viejos* (San José: *Convivio de los niños*, 1923, 2da. edición: San José. Ediciones del *Repertorio Americano*, 1938) 85-91.

—Vaya donde tío Coyote a ver si él va a matar ese animal; yo creo que él sí lo mata, porque sabe muchas oraciones buenas, pues si no me engaño, ese animal que está en su cama es cosa mala. ¡Ave María Purísima!

Diciendo esto, se fue la viejecita donde tío Coyote. Tum, tum, tum, llamó a la puerta diciendo: —Tío Coyote, tío Coyote de Dios, hágame el favor de ir a matar un animal que está en mi cama y no me deja llegar.

Tío Coyote contestó:

—Pero, señora, ¿qué anda haciendo usted a deshoras de la noche fuera de su casa? ¡Eso es una mala costumbre! Espérese un momento mientras me visto.

Así fue; tomó sus pantalones, el chaleco, el saco, el sobretodo, y se abrigó; se puso el sombrero, tomó el bastón, dos pistolas y salió. Al llegar donde el Cadejos se santiguó unas tantas veces, alistó las pistolas, y se dispuso a entrar. En eso sale la voz horrorosa que decía:

—¡U-u-u-u-u!; ¡yo soy el Cadejos del cadejal, todo coyote que venga aquí me lo voy a cenar...!

Y sale tío Coyote como un cachiflín, con la viejecita de la mano. Cuando llegó a la casa no podía hablar del susto.

—Vaya donde míster León —dijo tío Coyote—. Él sí puede sacar ese animal de ahí porque es el Rey.

Fuese, pues, la ancianita a casa de míster León, y llamó a la puerta: tum, tum, tum.

—¡Míster León!, ¡míster León!, por vida suyita vaya a sacar un animal que está en mi casa y no me deja entrar.

—¡Humm!—, respondió míster León, rebulléndose en su cama; luego bostezó, se despabiló los ojos, y por último dijo:

—Bueno, señora, ¿y qué anda haciendo usted a deshoras de la noche, fuera de su casa? Eso va en contra de las buenas costumbres; por esta vez le perdono esa.

Diciendo esto empezó a vestirse, tomó sus armas y se encaminó hacia la casa de la ancianita. Al llegar, quedito, quedito, se fue

acercando, y ya iba poner el pie en el resquicio, cuando oye que le dicen:

—¡U-u-u-u-u!, ¡yo soy el Cadejos del cadejal, y todo león que venga aquí, me lo voy a cenar!

—¡Ave María Purísima!—, exclamó míster León; salió huyendo con el cuerpo en un temblor y el corazón que se le salía del pecho. No respiró hasta llegar a su casa. Luego exclamó:

—¡No, no, señora! Ese animal es muy peligroso, yo no puedo matarlo; ¡vaya donde el Juez de Paz, que ese con ser autoridad tal vez puede hacerlo!

—¿Y quién es el Juez de Paz?— preguntó la viejita.

—Es tío Conejo, la persona más entendida de estos contornos. Y a la casa de tío Conejo se encaminó la viejecita.

¡Tum, tum, tum!

—¡Tío Conejo, tío Conejo...! Por vida suyita vaya a sacar un animal que está en mi casa y no me deja entrar.

Tío Conejo se levantó como por medio de un resorte, y dijo a la viejecita:

—Espere un momento mientras me visto; mientras tanto vaya donde tío Zompopo y le dice que por orden del Juez de Paz aliste cien soldados y se venga inmediatamente.

Se fue la viejecita donde tío Zompopo y le dio el recado del Juez de Paz. Pronto estuvieron todos listos y se dirigieron a la choza en donde estaba el Cadejos.

—Tío Zompopo—, dijo tío Conejo—, usted entra primero con su gente, pero muy quedito; se trepa por el pilar de la cama, y se va quedito, hasta ponerle las pinzas en la nariz; luego sus compañeros que lo cojan de donde puedan; yo esperaré en la puerta con mi espada. Usted, señora —dijo a la anciana— no se acerque porque le puede ocurrir algo.

Cuando iba entrando tío Zompopo con su gente, se oyó la voz del Cadejos:

—¡U-u-u-u-u!, ¡yo soy el Cadejos del cadejal, y todo zompopo que venga aquí me lo voy a cenar...!

Pero el tío Conejo y tío Zompopo no eran personas que se intimidaban por tan poca cosa; así es que sin hacer caso fueron trepando los zompopos por el pilar de la cama y fueron rodeando al Cadejos. Casi a un mismo tiempo lo sujetaron con las pinzas, a como lo había ordenado tío Conejo. Y sale el Cadejos en carrera desesperada; en la puerta le dio tío Conejo con la espada, diciendo:

—¡No lo suelten, muchachos, hasta acabar con él!

El pobre Cadejos corría con todas sus fuerzas y se restregaba en los árboles para ver si dejaba perdidos a los zompopos, pero nada, estos no lo soltaban. Por fin cayó desfallecido, casi sin aliento, a consecuencia de las heridas y de tanto correr; tío Conejo, que no iba muy atrás, se acercó de un brinco y le dio sin cesar con la espada hasta que expiró el Cadejos. Luego regresó tío Conejo con los soldados donde la viejecita, y le notificó de su puño y letra que no volviera a salir de noche, bajo pena de ir a la cárcel.

El Juez de Paz con su tropa se fueron, y la viejecita, toda temblorosa de miedo y de frío, se acurrucó en su cama.

Tío Conejo y tía Tigra³ [fragmento]

[...] Mientras tanto, tío Conejo se escapó y fue a refugiarse a su cueva. Al día siguiente, tía Tigra fue a quejarse ante las autoridades principales y éstas dieron orden de prisión. Salió una escolta compuesta de tío Perro, tío Oso, tío Venado, tía Zorra, tía Zonchicha, etc. Y va de busca y busca, hasta que al fin tío Perro dio con un hueco, olfateó y se va hallando allí a tío Conejo... Entonces pusieron a tía Zonchicha en la puerta a cuidarlo y tío Perro se puso a escarbar para meterse por el otro lado y pescarlo adentro.

Tío Conejo en tal apuro no sabía qué hacer; pero se le ocurrió una cosa y se puso a decir:

—¡Pele los ojos, tía Zonchicha, que me le voy!

Y tía Zonchicha abrió tamaños ojos; entonces estuvo listo y le echó un buen puñado de polvo que la dejó ciega, y mientras ella se limpiaba con el pañuelo, él se escapó a todo correr.

Se reunió un concejo para deliberar sobre la manera de apoderarse de tío Conejo y acordaron que saliera de nuevo en su busca una tropa bien armada.

Tío Conejo había alistado dos grandes calabazos llenos de avispas de las más bravas, las cuales llevaba en el hombro. Cuando menos lo esperaba se va encontrando con la gran tropa que lo rodeó. Él los dejó acercarse y cuando ya lo iban a prender, destapó los calabazos y salió el avispero... Los soldados por librarse de las picaduras huyeron dejando libre a tío Conejo.

Vuelta a reunirse el concejo. Esta vez acordaron poner una guardia permanente junto al ojo de agua adonde llegaba todos los días

3. María Leal, *Cuentos viejos* (San José: *Convivio de los niños*, 1923, 2da. edición: San José, Ediciones del *Repertorio Americano*, 1938) 105-112.

tío Conejo. A él le llegó a los oídos esta noticia; entonces se fue a abrir una colmena, se bañó de miel y se revolcó en los montones de hojas para que éstas se le pegaran. De este modo quedó hecho un espantajo, y haciendo gran ruido con sus hojas, se acercó al ojo de agua. Al verlo los soldados, dijeron:

—¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—¡El rey de hojarás! —respondió tío Conejo.

—Pase, pase la buena gente, que el de atrás se quedará —dijeron los soldados.

Pasó tío Conejo, bebió agua en una poza y luego se metió para lavarse la miel. Al salir de ahí, dijo en voz alta a tía Zorra, que era el jefe de la guardia:

—Así se engañan los bobos,
con manteca de garroba;
quisiera otro poquito
para engañar otro bobo.

y salió huyendo por un caminito que él conocía por entre los matorrales.

Tío Conejo y el yurro⁴

Allá en un verano, todos los ríos se secaron y sólo quedó un yurro con una miseritica de agua. Allí iban todos los animales a beber.

Pero tío Tigre, como era tan gallote, se hizo un gato bravo con el yurro y se fue a vivir a sus orillas. Así cogía dos colmenas en un solo palo, porque bebía cuando tenía sed y a cuanto animal llegaba, le echaba traca y se lo zampaba sin más aquellas.

Los pobres animales estaban que no hallaban para dónde coger. Un día se reunieron para ver que hacían. Unos decían que así, otros que asá, y por fin aquello se volvió una merienda de negros.

Entonces tío Conejo se puso medio a medio y les dijo:

—¿Cuánto me dan y les quitó a tío Tigre del yurro?

—No seas rajón —le contestaron—. ¿Qué vas a poder vos? Mejor callate.

—¡Sí, mejor callate...! Pues ai vamos a ver.

Y se fue, y los demás se quedaron, «si creemos, si no creemos».

Bueno, pues tío Conejo llegó donde una viejita conocida suya, y le pidió prestado un gran jicarón que tenía por ahí rodando. La viejita se lo prestó. Enseguida se fue a buscar un gran panal de jicote barcino que él había visto y cuando lo encontró, lo hurgó con un palo y le abrió tamaño hueco. La miel comenzó a chorrear y se hizo un pocerrón. Entonces tío Conejo se revolcó en un hojarascal. Se volvió revolcar en la miel y luego en el hojarascal, hasta ponerse de este tamaño.

Y ¡ah figura la que quedó! ¡Hubieran visto ustedes!

Luego se puso a dar brincos y las abejitas que estaban furiosas alrededor del panal, se asustaron tanto, que salieron volando a pito y caja y fueron a escorar quién sabe dónde.

4. Carmen Lyra, *Los cuentos de mi tía Panchita* (1920. 4ta. edición: San José. 1936) 126-129.

Tío Conejo le hizo un agujerito a la jícara, se la escondió entre las hojas, con el hocico metido en ella y se puso a dar unos aullidos tan feos, que ¡Ave María!

—¡Uh! ¡Uuuu! ¡Oh! ¡Oooo!

Y las hojas le hacían: ¡chis! ¡chas!, al moverse.

Entonces se fue al yurro.

Todos los animales que lo encontraron en el camino quedaron sin habla, con la lengua arrollada y a los más poquiticos les dio una descomposición y ganas de ir allá afuera.

—¡Uh! ¡Uuuu! ¡Oh! ¡Oooo! ¡Chis! ¡Chas!

¡Jesús, María y José! Si tenían razón. ¡Jamás de los jamases se había visto nada tan horrible, ni que hiciera tan feo!

Tío Tigre estaba echando un sueñito, pero aquel ruidal lo despertó. Se espabiló bien y se enderezó a poner cuidado. —¡Humm! ¡No me gusta ese ruido!...

Y se puso erizo.

¡En eso pareció *aquello*!

—¡Uh! ¡Uuuu! ¡Oh! ¡Ooooo! ¡Chis! ¡Chas! ¡Soy el Hojarascal del Monte!: se me quisieron oponer cinco leones y me los comí. Se me quiso oponer un elefante y me lo comí. ¡Pobre de quien se me ponga!

Por supuesto, que semejante animal con esa voz saliendo de un jicarón, puso a tío Tigre que un sudor se le iba y otro se le venía.

Tío Conejo se paró frente a tío Tigre y le preguntó con desprecio:

—¿Quién sos?

Tío Tigre se le arrodilló:

—Soy tío Tigre, y si su Sacra Real Majestad quiere, puedo ir a barrerle su solarcito.

—Yo no soy Sacra Real Majestad, sino el Hojarascal del Monte, y si tuvieras que barrer mi solar, tendrías que barrerme toda la montaña, porque toda la montaña es mía. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Pues nada, señor don Hojarascal del Monte, es que vine a echarme un trago de agua.

—¡Ajá, ¿con que esas tenemos? ¿Con que han venido a ensuciarme mi yurro? ¡Ahorita verás!

—¡No me haga nada; señor don Hojarascal del Monte, por vida suyita!

—Pues te me quitás de aquí ya, ya, si no querés que salga de vos ahora mismo; y cuidadito con volver a asomar la nariz por aquí, porque te va a saber feo. Este yurro es mío y pedile a Dios que no me arrepienta de dejarte ir.

Tío Tigre se las pintó sin esperar segundas razones y creyó que ese día había nacido por segunda vez.

Así que tío Conejo tanteó que el otro iba largo, se quitó la jícara, se acercó al yurro y bebió cor cor de aquella agüita tan fresca, todo lo que le dio la gana. Después se revolcó bien en la corriente para quitarse la miel y las hojas y cuando quedó como antes, se puso en busca de los demás animales. Los halló y les dijo:

—Bueno, ahora sí, manada de inútiles, vayan a beber agua, ya todo está arreglado. ¡Y síganme comiendo por detrás!

Los otros no querían creer, pero mandaron a tío Yigüirro a que se diera una asomadita.

Tío Yigüirro fue y les vino a decir que no se veía por el yurro nada de tío Tigre. Entonces los animales corrieron a quitarse la sed.

Cuando tío Conejo los vio bebiendo el agua muy a gusto, le dio colerita y les gritó:

—¡Eso es, así es como les gusta a ustedes todo, sinvergüenzones, a mama sentada! ¡Otra vez cojan cacho!

Y se fue muy enojado.

Cómo perdieron los conejos el rabo⁵

En la época en que transcurre este cuento, aunque parezca raro, tenían todos los conejos un rabo muy pomposo: largo, grueso, levantado.

Nuestro conejito, protagonista de este cuento, era quizás, quien lo tenía más hermoso y, sabedor de ello, lo esponjaba a diestra y siniestra o se lo colocaba en forma de penacho como suelen hacer las ardillas. Daba gusto mirarle.

Los ojillos rosados le brillaban con sonrisa maliciosa de bondad, las orejas, del largo de la cabeza, impecables de forma. Solía prensarlas hacia atrás, cuando le interesaba alguna cosa o cuando nervioso, movía las naricillas chingas con húmedo temblor.

Se llamaba... tío Conejo y vivía con sus padres y hermanos que eran muchos, en una madriguera en las orillas del río Guaire. Claro, no estaba como ahora. Colón no había llegado aún con sus carabelas; no había puentes, ni quintas y los indios vivían a su gusto pescando en el Guaire y navegando de un extremo a otro.

Nuestro tío Conejo era un solemne pillo, y no había cosa que le causara mayor placer que hacer rabiar a tío Tigre, animal de muy pocas pulgas. Por esta razón tío Tigre había jurado comérselo.

En este día de mi cuento, se encontraba tío Conejo bebiendo a la orilla del Guaire cuando divisó a tío Tigre que venía por la orilla opuesta. Los ojillos le chispearon de susto y las naricillas le temblaron de emoción, pues sabía que el tío ese buscaba la manera de tragárselo. Pero, como era valiente, se sobrepuso al miedo y con mucha amabilidad saludó a su enemigo: ¿cómo le va a su Excelencia tío Tigre?

5. *Triquitraque*, año V. n.º 41 (setiembre de 1940) 4-7.

—Nada de saludos amables y ceremoniosos, tío Conejo, después de lo que pasó antier (se refería a una de las jugarretas de tío Conejo), mejor es que te vayas despidiendo de la vida porque ya me has fastidiado lo suficiente y tengo toda la buena intención de comerte.

—¡Buena intención llama usted tragarme a mí! Me parece malísima en todo concepto, su Excelencia tío Tigre, no veo qué bien le puede reportar a usted, un animal de panza tan grande y de gustos gastronómicos tan conocidos, tragarse un miserable conejo como yo. Ni siquiera podría decir que sabor tiene mi carne...; tan menguadito soy... Y por lo que respecta a mi humilde persona, le diré Excelencia, que no me hace gracia alguna morir tan joven.

—Menguadito o no... ya me estorbas con tus impertinencias y resueltamente te mandaré a mi estómago (y no panza, como dices tú) para que distraigas allá mi digestión.

Y hablando, hablando, tío Tigre pasó el río y se acercó a tío Conejo. El pobrecito se creyó perdido; pero se le ocurrió una idea que, por el momento era salvadora.

—Está bien tío Tigre, le respondió, nada vale rebelarse contra el más fuerte y en este caso lo es usted. Cómame... pero, no me niegue el derecho a bien morir. Yo he sido un conejito muy pillo y no quiero presentarme a San Pedro con tantas culpas. Permítame algunos minutos de recogimiento detrás de aquel bucare mientras me arrepiento de todos mis pecados. No hay peligro de que me escape, pues la única salida que es esta la guarda usted.

Tío Tigre examinó el lugar, se aseguró que en realidad no había posibilidad de escape para tío Conejo y moviendo la cabeza afirmativamente repuso:

—Está bien, te concedo un cuarto de hora para que te arrepientas: mientras tanto descansaré.

Y relamiéndose, como si se hubiera comido ya al pobre tío Conejo, se echó a esperar a lo largo del sendero.

Con las orejas caídas se encaminó tío Conejo hacia el bucare. Era este un árbol inmenso que erguía su tronco altanero y cuyas ramas extendidas cobijaban la tierra con su sombra.

Además de los muchos pájaros que allí vivían, unas abejas habían escogido un hueco del tronco para hacer su colmena en él. Había mucho silencio y se escuchaba el zumbir de la colmena en actividad. Salían y entraban las abejas buscando y trayendo el néctar para la miel.

Pasaban los segundos, angustiosos para tío Conejo... estaba perdido... Mejor sería despedirme de la vida. Se sentó en las patitas de atrás y poniendo las manitas en la cara empezó a lamentarse —¡quién me mandaría y echarle bromas a tío Tigre, ahora me va a tragar! ¡Qué horror...!

Y se le paraban de punta todos los pelos a tío Conejo y sentía ya los colmillos de tío Tigre despedazando su carne tierna. —Si siquiera se me ocurriera algo... pero nada, no encuentro salvación posible.

Y convencido, el pobrecito tío Conejo lloraba a moco tendido.

A todas estas, las abejas que entraban y salían de la colmena, se fijaron en tío Conejo, oyeron lo que decía y muy emocionadas se lo refirieron todo a la reina de la colmena. Esta se escandalizó de semejante atentado y reunió a todas las abejas en conciliábulo.

—Tío Conejo, —dijo—, aunque pillo, jamás nos ha molestado. Es un conejo honrado y bueno. Además, está en poder de un animal fuerte y feroz. ¡Hay que defenderlo! Los animales todos tenemos que prestarnos mutuo auxilio (en esto deberíamos imitarlos ¿verdad?). Pronto, una idea salvadora. ¿Quién la tiene?

Inmediatamente se levantó una abejita de cintura muy ceñida y de ademán muy decidido. Se acercó a la reina abeja y murmuró algo en zumbir ronco.

Acto continuo abandonaron todas la colmena y llegándose a tío Conejo que lloraba desesperadamente, le embadurnaron de miel de pies a cabeza. Una vez embadurnado hablóle la reina: —Deja de llorar, tío Conejo, anda, revuélcate en la hojarasca. Una vez que se hayan pegado las hojas secas parecerás otro animal y no te conocería ni tu mamá.

Las abejas regresaron enseguida al colmenar, mientras que tío Conejo daba las gracias y se revolcaba como nunca sobre las hojas

secas. En realidad, se veía graciosísimo tío Conejo con manto de hojas secas.

No había que perder un segundo. Se puso en marcha. Al toparse con tío Tigre, le detuvo éste: —Mire, compañero, aunque se gasta usted una vestimenta que me es desconocida, dígame si al pasar por el bucare vio usted un conejo por allí.

Cambiando la voz le contestó nuestro conejito:

—¿Al que llaman tío Conejo, quiere usted decir? Sí, sí; lo vi; por cierto que me pareció un poquitín alicaído a juzgar por la cara que tenía.

—Eso me basta, repuso tío Tigre sin dar siquiera las gracias, voy en su busca.

Y se levantó apresuradamente.

Tío Conejo esperó que pasara a su lado. Creyéndose ya seguro y no pudiendo contener el impulso de molestar a tío Tigre, sin acordarse de disimular la voz le gritó al pasar: —¡Que las suculentas chuletas de tío Conejo no le indigesten, tío Tigre!

Tío Tigre se revolvió como un relámpago. Con los ojos como dos ascuas y el lomo engrifado se le echó encima.

Por un segundo, tío Conejo quedó desprevenido pero, ligero como un venado, echó a correr como alma que lleva el diablo. Sin embargo, la bocaza de tío Tigre le alcanzó el rabo y de un solo tajo se lo cortó. No sé qué haría con él.

Iba tan asustado el pobre conejito que ni siquiera sintió el dolor de la herida. Ya, más adelante, después de haberse sosegado, cuando se bañaba en el río, quitándose las hojas, fue que advirtió que su bello rabo habíase vuelto un miserable rabo tocón.

Ahora sí que se le complicaba la situación, pues tío Conejo era vanidoso y le dolía tener que presentarse a su casa sin rabo y ser el hazmerreír de todos los de su especie. Pero no se amilanó. Se sentó a descansar y se puso a cavilar...

Después de algún rato se encaminó silbandito hacia su casa.

Por el camino se topó con dos conejitas que andaban de paseo. —Gua, tío Conejo. Vienes muy contento, ¿pero qué se te ha hecho el rabo? ¡Qué ridículo te ves!

Y las conejitas meneaban las naricillas y se reían como se ríen las conejas.

—¡Ridículo yo!, repuso tío Conejo sin amoscarse, no saben lo que dicen; ¡ridículas ustedes! y sus palabras sonaron como un fallo. ¡Ja!, ¡ja!, están ambas pasadísimas de moda.

Las conejitas inmovilizaron las naricillas y pararon las orejas.

Ya no hay conejos con rabo; todos se lo han mochado, continuó tío Conejo.

Las conejitas se miraron asombradas.

—De no ser así, ¿creen ustedes que yo me habría cortado el mío que era, sin duda alguna, el más lindo de todos?

Había demasiada seguridad en las palabras y en el tono de tío Conejo; las conejitas le creyeron y se fueron corriendo... a cortarse los rabos naturalmente.

Tío Conejo prosiguió silbandito y de madriguera en madriguera persuadió a todos los conejos de que no había en el mundo cosa más elegante que un conejo sin rabo.

Cuando llegó a la casa, ya era cierto que todos los de su especie carecían de rabo y sus padres y hermanos, para no parecer fenómenos, resolvieron despojarse del suyo también.

Gracias, pues, a tío Conejo, las siguientes generaciones nacieron sin rabo y desde entonces, aunque parezca mentira, los conejos son como los conocemos: ojillos vivos, naricillas nerviosas, orejas movibles y rabillo tocón.

A.J.R.

(Tomado de *Onza, Tigre y León*, revista infantil venezolana a la cual saludamos con Triquitraque).

Tío Conejo engaña al rey⁶

Una vez hubo una gran sequía. Los animales se morían de sed. Solamente había agua en un lago que se encontraba en medio del bosque. Ahí sí había bastante agua, tanta, como para saciar la sed de todos los animales.

Pero sucedió que el Rey, el León, se adueñó del lago y se cogió toda el agua.

De rato en rato, corría el León por entre los árboles, sacudiendo su melena y dando espantosos rugidos que hacían temblar a todos los animales. Y pobrecito del que osara acercársele, estaba seguro de morir entre sus garras.

A medida que pasaban los días, los animales tenían más sed y ya no encontraban frutas en el bosque.

Tanta sed tenía tío Conejo que mordía y chupaba los troncos de los árboles y por las noches se tendía de espaldas, con la boca abierta, esperando que le cayeran gotas de rocío y humedecieran su garganta.

Tío Conejo se estaba enloqueciendo. «Yo quiero un trago de agua —se dijo— y voy a tomarlo; el Rey no podrá detenerme».

Saltando, saltando se entró en el bosque y estando cerca saltó silencioso, con saltitos suaves; y miró a su alrededor. Ahí estaba dentro del agua bañándose el León, y tío Conejo miró con envidia las gotas de agua que se desprendían de la melena del Rey.

—¿Cómo es posible que el León tenga agua para bañarse y nosotros no tengamos ni una gota para beber?

Y la mente de tío Conejo comenzó a trabajar. Por mucho rato pensó y pensó...

6. *Farolito*, t. I, n.º 14 (marzo de 1951) 10-12.

Tío Conejo se dijo: —«Tengo que hacer salir al León del agua y después atarlo, y esto no es fácil, no es fácil».

Tío Conejo estuvo largo rato dándole vueltas a la idea en su mente. De pronto observó el viento moviendo las ramas y levantando las hojas. Y fue entonces cuando vio claro; ya sabía lo que debía hacer.

En escapada fue a su casa y regresó con una cuerda muy larga y resistente. Ya estaba listo. Dio un gran suspiro, y comenzó a correr y a correr, y corriendo se acercó al lago gritando: —¡Oooooo! ¡Oooooo! ¡Vean! ¡Vean!

—¡Aló! tío Conejo, ¿qué es lo que pasa? ¿Y qué piensa hacer con esa cuerda tan larga? —dijo el León.

—Bueno, en este mismo instante atarme a un árbol de roble, porque no quiero que me lleve el huracán que allá viene, arrastrando árboles, piedras, animales y todo lo que encuentra en el camino. Señor Rey, le aconsejo que haga usted lo mismo. Escuche, ¿no oye silbando el huracán que ya se acerca?

—Una tormenta huracanada, quieres decir.

El León miró los árboles que se movían con fuerza y las hojas volando por los aires. Dijo a tío Conejo:

—No tengo cuerda para atarme. ¿Qué voy a hacer?

—Lo mejor que usted puede hacer es correr, corra, corra lo más que pueda.

—Soy demasiado grande ya estoy viejo para correr.

—Cave un hoyo y se entierra. Cave un hoyo.

—Esto coge mucho rato y no me queda tiempo.

—Bien, yo creo que usted no podrá hacer nada. Siéntese en el agua y espere a que el huracán llegue y lo lleve lejos, muy lejos.

Tío Conejo comenzó a hacer que se ataba a un árbol.

El León escuchó como el viento se oía venir soplando con más fuerza y se llenó de espanto.

—¡Dame un pedacito de tu cuerda, tío Conejo, y átame también a un árbol! ¡Yo soy el Rey y no voy a morir!

Esto era lo que el malito de tío Conejo quería. Ató al León tan bien, que ni cincuenta elefantes habrían podido soltarle.

Ya está hecho —se dijo— y fue al lago y se tomó un gran trago de agua, y después otro, y otro, hasta no querer más. Después, sentado en sus patas traseras, se quedó mirando al León. Este lo miró a su vez y se dio cuenta de que tío Conejo no tenía ninguna intención de atarse. Miró los árboles. Ahora se movían gentilmente. El León comprendió, se había dejado engañar por tío Conejo. Comenzó a dar tan fuertes rugidos que todos los animales se acercaron pensando que algo malo le había pasado a su Rey.

Llegó de un salto tío Conejo donde ellos y les dijo:

—Venid mis amigos, el lago es libre, y el Rey está seguro. ¡Bebed toda el agua!

Todos los animales se fueron acercando, los más grandes y los más pequeños. Todos bebieron el agua que saborearon con delicia, y todos pensaron que el animal más inteligente entre ellos era tío Conejo que se había burlado del mismo Rey.

(Cuento americano)